

Sobre la antología de la poesía nuevoleonesa

Eligio Coronado

La presente *Antología de la poesía nuevoleonesa* fue realizada entre abril y septiembre de 1992.

El germen de este trabajo fue otro que llevé a cabo hace diecisiete años, de 1977 a 1978.

Aquella antología, llamada «Poesía en Monterrey, 1955-1980», incluía a 35 poetas (de Pedro Garfias a Jesús Mercado Aguilar), además de tres catálogos: uno sobre los autores no incluidos en ella, otro sobre las revistas literarias de Monterrey de los años 40's a los 80's y otro más sobre la labor editorial realizada en nuestra ciudad en ese mismo periodo.

Durante largo tiempo, dicha antología recorrió el ya conocido circuito de la insuficiencia presupuestaria entre las dependencias culturales de la época (Instituto de Artes, Investigaciones Humanísticas, Poesía en el Mundo, Arte y Libros, Difusión Cultural de la UANL, Difusión Cultural del R. Ayuntamiento de Monterrey, etc.) donde personajes como Miguel Covarrubias, Raúl Rangel Frías, Israel Cavazos Garza, Manuel Rodríguez Vizcarra y Alfredo Gracia Vicente, entre otros, alabaron el proyecto, pero no pudieron concretarlo.

También busqué el respaldo de dos editoriales comerciales, una local y otra capitalina: la *Alfonso Reyes*, de aquí de Monterrey, donde el profesor Alfonso Reyes Aurrecoechea me hi-

zo un presupuesto bastante generoso, y la *Katún*, de la ciudad de México, donde conté con el apoyo del poeta Oscar Wong. En ambos casos, la tinta no llegó a las prensas.

Finalmente, aquella antología, patrocinada moralmente por el profesor Pedro Reyes Velázquez, vino a publicarse a medias en la revista local *Monterrey Magazine*, entre 1981 y 1982, por entregas y sin paga, a cambio de la nunca cumplida promesa de editarla como libro.

Al año siguiente (1983) apareció la antología *20 años de poesía en Monterrey, 1962-1982* de Margarito Cuéllar y Humberto Salazar, la cual obsoletizó la mía y me relegó al invisible papel de «precursor contemporáneo» en este tipo de estudios.

Después de la sequía sobreviene el diluvio: de pronto la ciudad fue asaltada por la imperiosa necesidad de recobrar sus raíces culturales y se realizaron toda clase de investigaciones: haciendas, muebles, costumbres, lenguaje, música, cultura popular, arte rupestre, radio, televisión, periodismo, comida, educación, historia, asentamientos urbanos, centros educativos, enfermedades, ópera, pintura y un larguísimo etcétera.

La literatura no fue la excepción: durante los 80's y principios de los 90's proliferaron en Monterrey los estudios sobre diversos géneros (poesía, teatro, novela), tópicos (revistas, gru-

pos literarios, labor editorial, poetas jóvenes, la mujer en las letras nuevoleonesas, talleres literarios) y autores (Alfonso Reyes, Pedro Garfias, Raúl Rangel Frías, Porfirio Barba Jacob, José Alvarado, Andrés Huerta).

Asimismo se hicieron compilaciones de obras individuales, compilaciones de diversos géneros y hasta compilaciones de libros. En medio de esta euforia pro cultural no podían faltar las antologías poéticas, de las cuales, hasta la fecha, incluyendo la mía, han salido catorce.

Esta insólita efervescencia editorial propició que, en febrero de 1992, propuesto por el poeta Humberto Salazar, fuera invitado por el también poeta y editor Alfonso Reyes Martínez a realizar la presente *Antología de la poesía nuevoleonesa*.

El proyecto original que presenté incluía a 95 poetas. Más tarde, durante la investigación, agregué diez más. También en esta etapa del proceso decidí buscar los orígenes de la poesía en Nuevo León. Con esto me propuse ir un poco más allá del punto de partida que para nosotros siempre ha sido Fray Servando Teresa de Mier.

Nuevo León ha producido innumerables poetas a lo largo de su historia. De muchos de ellos no se conserva obra escrita. La mayoría ni siquiera publicó un libro. La tardía llegada de la imprenta (1824) limitó su desarrollo a sólo 170 años. En este corto tiempo quizá 300 poetas habrán publicado al menos un libro.

A estos poetas nativos hay que sumar los poetas foráneos que, en número indeterminado, han venido a incorporarse al medio con su obra, su talento y su entusiasmo.

De todos ellos elegí a 105, los que yo consideré más destacados. Desde Juan Bautista Chapa (nuestro primer poeta con obra conocida, nacido en 1630) hasta Claudia Villarreal (nacida en 1969).

Cada uno lleva una nota bibliográfica, un comentario sobre su obra y de uno a seis poemas. El comentario no siempre fue mío, pues tomé la opinión de otros autores para elaborar un trabajo más completo y, a la vez, más honesto.

El prólogo, dividido en etapas cronológicas, contiene una breve historia de la poesía en Nuevo León y una lista de las antologías poéticas anteriores a la presente, con excepción de las que en los últimos meses han publicado Andrés Montes de Oca, Margarito Cuéllar y Minerva Margarita Villarreal.

Entre los hechos notables que aporta esta antología, podemos destacar: el primer poeta nuevoleonés (Juan Bautista Chapa, nacido, como ya dijimos, en 1630), el primer poeta local que publicó un libro (el padre Lucas de las Casas de la Mota y Flores; su libro *Canciones reales...* se publicó en la ciudad de México en 1727), la primera poeta que publicó un poema (Julia Guadalupe de la Peña de Ballesteros en 1884, en el periódico *La Defensa*), la primera poeta que publicó un libro (Isabel Leal de Martínez; su libro *Poesía* se publicó aquí en Monterrey en 1898), la primera vez que se comenzaron a dar clases de poesía en nuestra ciudad (1826), el primer periódico exclusivamente literario de Nuevo León (*La Guirnalda*, que empezó a circular en 1863), el primer periódico escrito totalmente en verso (*El Cura de Tamajón*, semanario editado en 1864), el primer periódico literario hecho sólo por mujeres (*El Jazmín*, de 1874)

y un curioso semanario editado por cuatro niños (*El Pasatiempo*, de 1906; dos de aquellos niños llegaron a ser poetas de obras perdurable: Alfonso Junco, que entonces tenía diez años, y Eusebio de la Cueva, que tenía trece).

De invaluable ayuda en esta labor fueron los estudios de nuestras letras realizados por Rafael Garza Cantú, Héctor González, Plinio D. Ordóñez, Israel Cavazos Garza y Emeterio Treviño González, autor de la primera antología poética hecha en nuestro estado (1930).

Como toda antología es controversial, ésta no será la excepción al haber dejado al margen a un buen número de poetas cuya obra no fue localizada a tiempo o no pudo ser debidamente valorada por la limitada capacidad del suscrito, como por ejemplo: Oscar Efraín Herrera, Graciela Salazar, Xorge Manuel González, Lourdes Olmos, Ofelia Patricia Pérez y Salomón González Almazán, entre otros.

Consciente de que todos hemos participado, en mayor o menor medida, en el desarrollo de nuestra poesía, mantuve siempre un criterio abierto y un espíritu decididamente inclinado hacia el reconocimiento incondicional de la obra ajena, por lo cual ningún autor fue soslayado por motivos extraliterarios.

No quiero sonar triunfalista y afirmar que nuestra poesía nuevoleonense vive el mejor momento de su historia debido a que nuestros poetas han ganado, en los últimos diez años, 17 premios nacionales y 10 menciones honoríficas en certámenes de esa magnitud.

Prefiero reflexionar en la existencia de una arraigada tradición poética que se ha ido formando como todas, por etapas, influida por las corrientes literarias de la época y fomenta-

da, en algunas ocasiones, por la presencia de escritores foráneos en nuestra ciudad y, en otras, por circunstancias fortuitas como, por ejemplo, la llegada de la imprenta, que fue traída por cuestiones políticas y terminó apoyando el surgimiento del periodismo, el cual a su vez auspició el desarrollo de la poesía cívica, satírica y política.

Tradición que es negada por algunos, pero que ha aportado figuras de relieve nacional como Felipe Guerra Castro, Carlos Barrera, Alfonso Reyes, Miguel D. Martínez Rendón, Eusebio de la Cueva, Alfonso Junco, Rafael Lozano, Gabriel Zaid, Carmen Alardín, Ernesto Rangel Domene, Jorge Cantú de la Garza y Hugo Padilla. Y entre los jóvenes destacan cuatro: Minerva Margarita Villarreal, José Javier Villarreal, Margarito Cuéllar y Humberto Salazar.

Concluamos ya con una sonrisa de 105 nombres: la lista completa de los autores incluidos en esta Antología de la poesía nuevoleonense:

Juan Bautista Chapa	(1630-1695)
Lucas de las Casas de la Mota y Flores	(1693-1742)
Fray Servando Teresa de Mier	(1763-1827)
Trinidad de la Garza Melo	(1817-1879)
Simón de la Garza Melo	(1828-1875)
Antonio Margil Cortés	(1830-1860)
Juana de Dios Villalón	(1838-1902)
Pedro J. Morales	(1840- ?)
Alfredo Torroella	(1845-1879)
Hermenegildo Dávila	(1846-1908)
Juan B. Sánchez Olivo	(1849-1916)
José Arrese	(1851-1917)
Juan J. Barrera	(1853-1902)
Enrique Gorostieta	(1856-1915)
Ricardo M. Cellard	(1856-1895)
Jesús Garza Flores	(1859-1921)
Caledonio Junco de la Vega	(1863-1948)
Francisco Naranjo	(1867-1915)
Leopoldo Naranjo	(1870-1949)
Adolfo Cantú Jáuregui	(1872-1943)
Francisco de Paula Morales	(1873-1942)

Gonzalo González	(1875- ?)
Fortunato Lozano	(1877-1964)
Emilio Hinojosa	(1878-1948)
Felipe Naranjo Garza	(1881-1912)
Oswaldo Sánchez	(1881-1931)
Felipe Guerra Castro	(1881-1922)
Nemesio García Naranjo	(1883-1962)
Porfirio Barba Jacob	(1883-1942)
David Alberto Cossío	(1883-1939)
Francisco Zambrano	(1888-1973)
Carlos Barrera	(1888-1970)
Carlos Medellín	(1889-1944)
Alfonso Reyes	(1889-1959)
Miguel D. Martínez Rendón	(1891-1966)
Eusebio de la Cueva	(1892-1943)
Carlos Roel	(1895- ?)
Alfonso Junco	(1896-1974)
Rafael Lozano	(1899- ?)
Arnulfo Blanco	(1899- ?)
Pedro Garfias	(1901-1967)
Simón Guajardo	(1908-1943)
Juanita Soriano	(1918- ?)
José Emilio Amores	(1919-)
Alfonso Rubio y Rubio	(1919-)
Teresa Aveleyra-Sadowska	(1920-)
Esther M. Allison	(1922-1993)
Altair Tejeda de Tamez	(1923-)
Gloria del Angel	(1925-1965)
Jorge Eugenio Ortiz	(1925-)
Mario Arras	(1926-)
Juan José García Gómez	(1929-1994)
Ramiro Garza	(1930-)
Carmen Alardín	(1933-)
Andrés Huerta	(1933-)
Horacio Salazar Ortiz	(1933-)
Isabel Fraire	(1934-)
Gabriel Zaid	(1934-)
Hugo Padilla	(1935-)
Homero Garza	(1935-)
José Salvador Alcántara	(1935-1959)
Ario Garza Mercado	(1936-)
Ernesto Rangel Domene	(1936-)
Arturo Cantú	(1936-)

José María Lugo	(1936-)
Luis Horacio Durán	(1937-)
Jorge Cantú de la Garza	(1937-)
Homero Galarza	(1940-)
Miguel Covarrubias	(1940-)
Gloria Collado	(1940-)
Abraham Nuncio	(1941-)
Julieta Renée	(1941-)
Alfonso Reyes Martínez	(1943-)
Guillermo Meléndez	(1947-)
Eligio Coronado	(1948-)
Xavier Rodríguez Araiza	(1950-)
Armando Joel Dávila	(1952-)
Patricia Laborde	(1954-)
Arturo Ortega	(1954-)
Rogelio Flores de la Luz	(1955-)
Margarito Cuéllar	(1956-)
José Francisco Villarreal	(1956-)
Amando Colunga	(1956-)
Francisco Ruiz Solís	(1957-)
Minerva Margarita Villarreal	(1957-)
María Belmonte	(1957-)
Genaro Huacal	(1957-)
Jesús Mercado Aguilar	(1958-)
José Javier Villarreal	(1959-)
Marisa García	(1959-)
Gerardo Puertas Gómez	(1959-)
Humberto Salazar	(1959-)
Roberto Cruz Zúñiga	(1959-)
Eduardo Arellano	(1959-)
Eduardo Zambrano	(1960-)
Leticia Herrera	(1960-)
Sergio Cordero	(1961-)
José Jaime Ruiz	(1961-)
Lucía Maluy Mijares	(1962-)
Andrés Montes de Oca	(1964-)
José Eugenio Sánchez	(1965-)
Samuel Noyola	(1965-)
Diego de Jesús Flores	(1965-)
Luis Javier Alvarado	(1966-)
Claudia Villarreal	(1969-)

Los laberintos de la creación

Minerva Margarita Villarreal

«Para ser nosotros mismos no basta estar solos, como dice de los sicilianos Pirandello, sino que debemos **tenernos a nosotros mismos...** o mejor: poseer o, si es necesario, reposeser nuestra historia nacional y personal. Tenemos que recobrarlos a nosotros mismos, rescatar nuestro drama interior: la narrativa de nosotros mismos. 'Un hombre necesita de esa narrativa interior, continua, ininterrumpida, para preservar su identidad, su yo'. También un país.»

Recomendaciones para soltar el miedo:

Siempre que el miedo se atraviesa ante la posibilidad de la escritura vale la pena preguntarnos qué es más fuerte en uno, si el deseo de edificar una obra, sea poema, prosa o ensayo, o el signo fatalista del desasosiego. La escritura debe ser un placer, una puerta que se abre a la imaginación y la imaginación no podría desplegarse sin la captación de los elementos que nos rodean, a través de una integración hacia la unidad que somos.

1. Cerrar los ojos y abrir la puerta que se nos cierra; es decir, ir contra nosotros mismos, contra nuestra negación y nuestra represión.
2. Saberse «la peor de todas», como diría Sor Juana, y navegar con esa bandera hacia dentro y hacia fuera de nosotras mismas, porque nuestra santa y sor desde el cielo y la constelación literarias nos dice: yo pude, me atreví, edificué, me juzgaron, me castigaron y enfermé a causa de lo que implicaba ser, sin embargo, con todo y eso y gracias a mi valor y fuerza: soy, por los siglos de los siglos y hasta que el destino de la humanidad sea posible.
3. Siempre soltar la lengua trae consigo soltar el miedo. ¿Cuál es el miedo, entonces? Se trata de escribir una y otra vez y pasar por

encima de lo que no sirva. Lo que queda es por regla muy poco comparado a lo que sale y sólo desde una dosis de omnipotencia y de soberbia e ignorancia en demasía se puede suponer que a la primera está el verso (ya no digo el poema).

4. Abrir los ojos a lo escrito y juzgarlo como si fuera de nuestro peor enemigo, los enemigos son siempre los mejores aliados en la escritura y quien no los tenga no es de este reino que igual es el infierno por el que Dante atravesó, claro, en compañía de Virgilio. Es decir, leer básicamente, y por principio, a los clásicos, en voz alta, y ser humilde ante sus magnas y estimulantes obras. Y situarnos en todos los sentidos con respecto a las grandes obras. Puesto que ¿de qué se trata?
6. Para hacer arte hay que ser muy pretencioso y a la vez muy humilde, hay que ser generoso, pues suponemos dar lo mejor de nosotros mismos. Aquí las pichicateces ensombrecen, el egoísmo castra y la competencia es un arma débil, puesto que lo valioso y definitivo es preguntarse: ¿qué tengo que dar? y darlo, ofrecerlo como se ofrece el mejor pan hecho con el mayor placer y amor posibles.

Federico Campbell

Taller de creación

Planteamiento y objetivos:

El acto de la creación se distingue del de la producción, porque quien crea está apostando por un universo único, particular y propio donde su producto acabado sea inconfundible y se caracterice por un estilo y una forma originales. Para lograr esto se requiere de una gran disciplina, la disciplina es sólo la receta, el modo que nos puede conducir a una entrega. No hay creación sin entrega, no hay literatura sin pasión, y no hay pasión que valga si no aprendemos a dominarla.

A este dominio de la pasión o el interés (dependiendo del caso) por el arte de la escritura se le llama oficio. No hay escritor que se digne de serlo que no tenga esta entrega diaria y paulatina, este afán inconmensurable de ir dando azarosamente con claves que le descifrarán sus propios signos, que le llevarán a esas arenas movedizas donde no sabe cómo guiarse, ni qué hallará, más sin embargo, del fondo de esas arenas pueden surgir rocas sólidas u océanos de transparentes aguas, también puede haber un tiempo pantanoso donde se registre sólo la búsqueda y no demos con algo específico. Pero ese tiempo es oro. Ese tiempo de desesperación que nos puede llevar a no ver la luz, es el mismo de donde la luz surgirá. Entonces es cuando debemos plantearnos qué queremos, si realmente pretendemos crear algo, o sólo buscamos ecos que nos refuercen nuestra estancia en la tierra.

Ahora bien, para producir el hecho en sí: el poema, la prosa o el drama, necesitamos retroalimentarnos, necesitamos viajar perma-

nentemente a otros universos ya acabados, a otros poemas, prosas o dramas donde podamos nutrirnos, no para imitar —la imitación se da de la misma manera que se borra cuando se retrabaja un texto—, no, se trata de abreviar en corrientes de cristalino fondo, que además, nos conduzcan a alguna parte.

Si uno no emprende esta parte del oficio con el mismo esmero que le dedica a la escritura, lo más seguro es que dicha escritura esté condenada al silencio. Porque generalmente uno cree descubrir en lo que hace, lo que ya los griegos, por hablar de una cultura «lejana» encontraron en sus reflexiones y en su introspección vuelta obra hace milenios.

Diferenciar entre la capacidad de «vernos», de tener fantasías y anécdotas trascendentes desde nuestra intimidad y la capacidad de transformar ese mundo íntimo en un mundo accesible a otros, a través de su «traducción» en palabras —recordemos que toda traducción es una traición— y que generalmente nunca es igual lo que sentimos que queríamos decir a lo que decimos. Esa otra cosa, eso que escribimos que encierra lo que no decimos, o que lo enuncia en los momentos menos previsibles y en la circunstancias más inciertas, eso tiene que ver con la posibilidad de crear.

No basta tener «cierta sensibilidad» para hacer arte; mucho menos para sentirse artista. Para reconocernos necesitamos un registro y ese registro quedará asentado en nuestro interior cuando podamos reconocer con nuestros